

# EL ARRIERO Y SU IMPORTANTE LABOR EN LA ÉPOCA COLONIAL Y EL SIGLO XIX



ESPERANZA DONJUAN ESPINOZA

El conocido refrán “arrieros somos y en el camino andamos” es tan popular en España y en América Latina que ha sido llevado a la música y a algunos géneros literarios y en esta ocasión a la disciplina histórica para dar título a este escrito. Uno de los objetivos planteados en el proyecto de investigación “Rutas y caminos de Sonora, siglos XVII-XX”, a cargo de la que esto escribe, es identificar a los actores sociales, económicos y políticos relacionados con el tema, uno de ellos es el arriero, figura de la cual deseo compartir con el lector algunos aspectos de su importante labor en el pasado.

Con la llegada de los españoles a tierras americanas las mercancías se empezaron a trasladar a lomo de mulas a cargo de los arrieros; incluso, a finales del siglo XIX con la introducción del ferrocarril, la arriería conservó importancia, ya que los derroteros de los arrieros se conectaron con las estaciones ferroviarias para distribuir las mercancías hacia los lugares donde el “caballo de acero” no podía llegar; asimismo, para llevar hasta los trenes de carga los productos del campo y la minería, los cuales eran trasladados a diversos lugares del país y fuera de él.

Los arrieros tenían fama de ser personas honradas y valientes, gozaron de aprecio y buena reputación; dichas cualidades eran importantes para que se les confiara el traslado de mercancías, que frecuentemente defendían arriesgando su propia vida enfrentándose a bandoleros e indios insumisos. Otros peligros eran los accidentes provocados por la fragosidad de los caminos, los ríos desbordados, entre otros factores que hacía necesaria la ayuda mutua entre los viajeros. De ahí el sentido del refrán.

El viajero francés Louis Lejeune, refiere que en el siglo XIX en Sonora, cuando los arrieros se encontraban con un muerto en el camino le daban cristiana sepultura; según la costumbre en estos casos, depositaban los huesos en un hoyo, amontonaban piedras encima, fabricaban una cruz y murmuraban una plegaria. ¡Adiós compañero!

En las carreras largas, la arriería requería de una división del trabajo bastante especializada y organizada. Al frente de los hatajos se encontraba el mayordomo, responsable directo de la recua y las mercancías, quien además asignaba las tareas al resto de los arrieros y se ocupaba de los trámites administrativos. Al propietario de los animales se denominaba dueño de recua y en ocasiones podía fungir como mayordomo. El encargado de cuidar que las mulas no se dispersaran recibía el nombre de hatajador, el sabanero se ocupaba de que las mulas se alimentaran en los pastizales o sabanas, el aviador era el encargado de cargarlas y descargarlas. El número de arrieros dependía de la cantidad de hatajos de que estaba integrada la recua.

El trabajo del arriero no era para nada improvisado. Para cargar una mula se colocaba el sudadero consistente en una tela y por encima de éste, dos o tres cobertores ligeros, posteriormente el aparejo, que consistía en un colchón grueso de cuero relleno de paja, que llegaba a pesar de veintidós a veintisiete kilogramos. El aparejo debía ser bastante grande para que el peso de la carga se distribuyera equitativamente en ambos lados evitando el desequilibrio del animal y proporcionando seguridad a los bultos. Una gran variedad de mercancías fueron trasladadas de esta manera hasta la remota Sonora: textiles, ropa, sombreros, imágenes religiosas, objetos litúrgicos, retablos, libros, loza, muebles, herramientas de trabajo y accesorios complementarios, alimentos y especias, plata, oro, mercurio y pólvora, entre otros productos, adecuadamente acomodados en fardos para su debida preservación hasta el lugar de destino.

Las imágenes religiosas y objetos litúrgicos que hoy vemos en los templos históricos de muchos pueblos sonorenses y que forman parte de nuestro patrimonio cultural tangible, representan una evidencia de la importante labor que desempeñaron los arrieros durante varios siglos. 

<sup>1</sup> Louis Lejeune, La guerra apache en Sonora, Hermosillo, Gobierno del estado de Sonora, 1984, p. 132.

<sup>2</sup> La ruta más importante en la época virreinal partía de la ciudad de México, capital de la Nueva España y se remontaba hasta Santa Fe, capital del Nuevo México (dos mil quinientos sesenta kilómetros).

<sup>3</sup> En Sonora existieron mujeres dueñas de recuas de mulas. Testamentos de Sonora, 1786-1910, No. 753, <http://www.colson.edu.mx/testamentos/testamentos.html>.